

EXCLUSIVA



EN AGOSTO DE 1944

# AMADO GRANELL, EL ESPAÑOL QUE LIBERO PARIS

**E**N uno de sus últimos viajes por el mapa europeo, nuestro enviado especial permanente, Vicente Talón, se ha encontrado con el hombre que —el primero— entró en París el día de su liberación por los ejércitos aliados. Ese hombre, Amado Granell, alcanzó una gran popularidad en las semanas que siguieron a la ocupación de la capital francesa, pero más tarde, posiblemente en razón de su irrenunciable españolismo que le condujo a rechazar la nacionalidad francesa, Granell fué pospuesto y olvidado. Aunque la epopeya de Granell figura sobre numerosos libros y periódicos, él nunca quiso hablar de ella a los informadores. Una norma de silencio mantenida a lo largo de un cuarto de siglo y que ahora acaba de romper en beneficio de los lectores de PUEBLO.

● Primer tiempo. Es el 29 de marzo de 1939. La guerra

venida a los yanquis y unirse a ellos. A la hora fijada para la concentración de los

pocos días antes, por oponerse al desembarco aliado, Granell es recibido de uñas, y



☆ Su columna estaba formada con gran número de voluntarios españoles

☆ La guerra terminó para él lavándose las manos en las aguas del Rin

● **Primer tiempo.** Es el 23 de marzo de 1939. La guerra de España da sus últimas boqueadas y en el puerto de Alicante una masa enorme de personas puja por escapar de la ratonera. Allí, entre armas que ya no van a servir para nada y montones de documentos incendiados cuyas pavesas se lleva el aire, varios millares de hombres miran hacia las verjas del muelle con el temor, prendido en los ojos, de ver aparecer la primera boina roja o el primer gallardete rojinegro. Uno de esos hombres se llama Amado Granell y en su historial figura el haber mandado la 49 Brigada y la 49 División del ejército republicano.

Granell, responsable de la última ofensiva en el sector de Fuenteovejuna, se retiró del frente, cuando supo que la flota republicana se acababa de hacer a la mar rumbo a Argelia. Aquellas unidades tenían que haberse mantenido en Cartagena hasta el final, para recoger a los más comprometidos. Pero el temor pudo más que las promesas. Granell, por eso, en vez de embarcar en Cartagena lo hace en Alicante, a bordo del mercante «Stambrook». Es el último buque que saldrá de la villa levantina, y Granell, que parece saberlo, sube a bordo con el único pasaje que encuentra a mano en ese dramático momento: un fusil ametrallador.

● **Segundo tiempo.** 1942. Los americanos progresan sobre Orán, y entre los enemigos del gobierno colaboracionista del mariscal Petain circula la consigna de concentrarse ante el Ayuntamiento para darles la bien-

venida a los yanquis y unirse a ellos. A la hora fijada para la concentración, de los cuatro mil «patriotas» que se espera ver asambleados sólo hacen acto de presencia tres hombres: el español Granell, un judío y otro ciudadano el parecer francés. Los americanos, con todo, llegan en columna blindada, y en el tiroteo que señala su acceso al corazón de Orán el judío es herido y el ciudadano desconocido pone los pies en polvorosa. Granell, que tiene tres años de guerra sobre sus vértebras y que sabe tomarle el pulso al canto de las ametralladoras, no se amilana. Será él quien, andando limpiamente delante del primer tanque, conduzca a los carros americanos hasta el puerto oraní bajo el nutrido fuego que llueve desde el monte Santa Cruz.

● **Tercer tiempo.** La Francia antipetainista se organiza belicosamente en Argel. Granell se enrola en los «Corps Francs d'Afrique». En ellos, a los españoles no se les quiere. Ingratos ante el sacrificio que gratuitamente aportan, algunos oficiales tratan a nuestros compatriotas como si hubiesen salido de la última cabilia del Rif. (Cuando un oficial inglés ilustra ante un grupo de oficiales españoles el uso de una brújula de campaña, el altanero comandante Gallart le pregunta a Buiza —que es marino de carrera y ha mandado a toda la flota republicana— que si ha entendido la explicación). En aquel momento, por otra parte, la confusión es grande en el norte de Africa. Amado Granell, herido en la cabeza, es conducido a un hospital de Argel en el que convalecen oficiales franceses heridos,

pocos días antes, por oponerse al desembarco aliado. Granell es recibido de uñas, y cuando al fin, suavizada la situación, es admitido a la mesa para la cena, se queda atónito al ver como sus compañeros levantan el brazo a la romana y gritan a fervoroso: «¡Pour le Maréchal!»

● **Cuarto tiempo.** Desde los campos mogrebes, Granell ha sido trasladado a la Gran Bretaña. Su experiencia militar se le ha reconocido en el distintivo de teniente que luce sobre la gorra. El general Leclerc le ha distinguido ya con su confianza y manda por eso dos secciones de la IX Compañía del III Batallón de Marcha del Tchad. Su estancia en tierras inglesas le valdrá para acuñar una frase: «La II Guerra Mundial la ganó la tenacidad británica, la sangre rusa y el material americano.»

● **Quinto tiempo.** 1944. El Ejército aliado ha aceptado el desafío alemán, y sobre una playa de Normandía se busca abrir brecha —a base de fuego y de sangre— en el llamado Muro del Atlántico. Desde un buque «Liberty», el general Leclerc observa la costa coronada de humaredas y de explosiones. Apoyado en su bastón, el famoso militar, que viajó en canoa al Camerún para incorporarse al Ejército gaullista, dice: «Si he de morir, que sea aquí; por lo menos me enterrarán en tierra francesa.» El teniente Granell, que se encuentra a su lado, oye la frase del general y con perfecto desenfado ibérico le contesta: «Si yo llego vivo a Francia, llegaré también vivo a Alemania. No lo dude.»



Minutos más tarde, el oficial español pisa suelo galo con la primera unidad blindada que es desembarcada. Aún hoy recuerda: «Los alemanes estuvieron a punto de arrojarnos al mar.»

Hasta aquí, la historia de nuestro hombre no se singulariza. Granell es un número más entre tantas fichas de identificación; un teniente entre millares de ellos; un veterano de la guerra de España como tantos otros de los que, en ese mismo momento, luchan en los campos europeos con los uniformes aliados o bajo el verde-gris de la Wehrmacht alemana. Su oportunidad no llegará hasta el 24 de agosto de 1944, cuando el general Leclerc —por orden del general De Gaulle— decide saltarse a la torera la orden de Eisenhower (y de Patton) de rodear París sin entrar en la plaza, y le ordena a una unidad del III Batallón de Marcha del Tchad que se introduzca en el corazón de la capital francesa, aún en manos de los alemanes. Al encargar de esta responsabilidad a un grupo lleno de españoles, Leclerc demuestra su astucia. Si la operación fracasa, siempre estará a tiempo de decirles a los americanos: «Yo no di esa orden. Fue una cosa de esos españoles, tan anarquistas como de costumbre.»

Granell, que pese a los veintiséis años transcurridos desde entonces guarda una diáfana memoria de aquellos hechos y que nunca hasta ahora quiso hacer exposición de ellos ante periodista alguno, me dice:

—Después de haber limpiado Longjumeau, en donde les hicimos a los alemanes varios muertos y cuarenta heridos, desembarcamos en Fresnes, desde cuya fortaleza-prisión se nos opuso una seria resistencia. Apenas habíamos acabado con ella

seía un excelente servicio de cartografía e información; pero por lo que respecta a París, estábamos a cero. Así que nos tuvimos que bastar con una guía Michelin y la asistencia de un paisano que se ofreció a acompañarnos. Durante el camino hubo poco hostigamiento alemán, que, además, estábamos dispuestos a ignorar por completo. La dificultad más sería la representación el despejar la carretera de los obstáculos puestos en ella por la Resistencia francesa para sabotear la retirada de las tropas nazis. Así las cosas, aparecimos ante el puente de Sevres, y allí la columna de blindados se detuvo. Los hombres tenían miedo, pensando si no estaría minado. Yo pasé el primero con el «jeep», y desde la otra parte les hice una señal de «vía libre». En realidad fui algo egoísta, pues era posible que las minas estuviesen preparadas para explotar ante el peso de un blindado y no ante el de un simple «jeep».

—El primer alto —prosigue relatando Granell— tu-

vo lugar en la Puerta de Italia. La gente, al vernos surgir, se encerró en sus casas creyendo que éramos alemanes. Por fin, un viejo, lleno de confianza, se nos acercó para preguntarnos si éramos americanos, y al decirle que se trataba de la división Leclerc, casi enloqueció de entusiasmo. A sus gritos, puertas y ventanas se abrieron y una masa que casi parecía querer devorarnos vivos nos inundó. Creo que si en aquel momento aparece media docena de alemanes, nos barren, ya que estábamos prisioneros de la multitud.

### Ante los jefes de la Resistencia

—Teníamos órdenes de progresar hacia el Hotel de Ville (el Municipio) de París —prosigue Granell—, y así lo hicimos después de no pocas dificultades. Antes de llegar, sin embargo, nos detuvimos para enviar al mando de la división un tele-

grama que decía: **Arrivés à Paris. 20.45. Envoyez renforts.** Este telegrama no obtuvo respuesta. Leclerc no quería comprometerse dejando huellas de que estaba en el secreto de la expedición. Por fin, nuestra pobre columna desembocó ante el Hotel de Ville, en donde se había atrincherado la Policía y algunos de los máximos responsables de la Resistencia. Allí fué otra vez el entusiasmo delirante; tan delirante, que a las tres y media de la madrugada me tuvieron que curar en la enfermería de aquel centro, ya que hasta me habían mordido en una oreja. También allí me hicieron la célebre fotografía con el prefecto del Sena, que «Liberation» publicó al día siguiente bajo el título de «¡Están aquí!» y que Leclerc pudo ver por la mañana, cuando llegó para liberar oficialmente a París.

—En el Hotel de Ville yo tuve el enorme placer de conocer a Bidault, jefe del Comité Nacional de la Resistencia, y, pese a ser un

que fueran nuestros tanques los que protegieran a De Gaulle en su marcha desde Etoile al Hotel de Ville.

### Lo español, a buen recaudo

Las jornadas de la liberación de París tienen —guste o no— una imborrable nota española. Granell ha entrado al frente de una columna cuyos blindados llevan nombres de la guerra española. Y mientras que Granell cumple con su misión, en otros lugares de París muchos españoles que sufrieron la ocupación se baten como miembros de las Fuerzas francesas del Interior.

«Durante todo el día nuestros guerrilleros han intervenido directamente en las operaciones de limpieza, en estrecha colaboración con las fuerzas blindadas aliadas, y en particular, con las unidades franco-españolas.»

Granell, que esos días es un héroe electrizante, no se duerme en los laureles. En el Hotel de Ville, el propio

y antes de que llegue al Rhin gana la Legión de Honor. En la citación se lee: «... oficial poseyendo un sentido innato y la experiencia del combate. De una bravura que llega a la temeridad, siempre a la cabeza de sus hombres, con un desprecio total por el peligro...» Bellas palabras, para el orgullo de cualquier militar, pero que a Granell no le hacen tanta mella como las que pronunciará el propio Leclerc: «Si es verdad que Napoleón creó la Legión de Honor para premiar a los bravos, nadie se la merece como usted.»

Por fin, el curtido soldado detiene su «jeep» ante las aguas del Rhin. Francia ha sido liberada hasta su última pulgada de territorio, y Granell se lava las manos y la cara, decidiendo, en el mismo instante, que para él la guerra ha concluido. Ha cumplido ya la meta que, en grandes titulares, señalaría el 25 de agosto de 1945 el diario parisense «Les Nouvelles du Matin»: «Primer soldado de Leclerc en París, Granell, no tenía más que una ambición: lavarse las manos en el Rhin.»

### Laureles y lágrimas

La conversación ha sido franca. Granell me enseña su Legión de Honor, su cruz de guerra orlada con palmas y estrellas, sus certificados, tarjetas, recortes. Es un hombre tranquilo, que no tiene miedo de mirar hacia atrás y que, por encima de cualquier otra cosa, siempre ha impuesto su espanolismo. «Siempre me negaba a decir que luchaba por Francia, y Leclerc me reprochaba: "¿Qué le cuesta?"» Incluso cuando fué presentado al presidente Auriol, y éste, sorprendido de que Granell se identificase como español, le dijo «bueno, lo será de nacimiento»

**CUANDO LECLERC ENTRO EN LA CAPITAL DE FRANCIA, "LIBERATION" PUBLICABA LA FOTO DE GRANELL EN EL HOTEL DE VILLE**





Fresnes, desde cuya fortaleza-prisión se nos opuso una seria resistencia. Apenas habíamos acabado con ella cuando Leclerc me dijo: «Reorganice a su gente y acérquese a París a ver qué pasa.» La petición era sensacional, pero sólo le hice una pregunta: «¿Qué órdenes?», a lo que me contestó el general: «Las de costumbre.» Y así empezó lo que iba a figurar, en los anales de la historia, como la liberación de París.

—Las dificultades —continúa Granell— eran importantes. La división po-



«Liberation», con la fotografía de Granell en su primera página. Este fué el periódico que vió Leclerc al llegar a París para liberar oficialmente a la ciudad.

hombre muy pequeño, me hizo tanta impresión como la torre Eiffel, que por primera vez en mi vida acababa de ver poco antes. Por cierto que Bidault se empeñó en saber las fuerzas con que contaba, y yo lo oculté para evitar que cundiera el pánico. Eramos tan sólo 120 hombres y 22 vehículos, comprendiendo una sección de tanques, dos carros blindados y una de ingenieros. Con aquella fuerza no teníamos ni para tapar las bocas del metro que nos rodeaban. Le insistí a Bidault para que la noticia de nuestra llegada no se diera por la radio, ya que lanzaría a la gente a la calle y podría ser el origen de una terrible represalia alemana.

—A las emociones de aquella noche, prosigue contándome Amado Granell, siguieron las del nuevo día, y cuando el 26 el propio general De Gaulle se presentó en París, fui yo, desfilando al frente de mi sección, quien abrió la gran parada, que tuvo lugar a partir del Arco de Triunfo y que terminó, con una ensalada de tiros, en Concorde. Por cierto que Leclerc tenía tanta confianza en mis hombres, que pidió

Leclerc le ha dicho en público «Merci, mon brave» y hasta tuvo en sus manos el haber aceptado el mensaje de parlamento que le envió el comandante alemán del «Gran París», Von Choltitz. Pero Granell tiene conciencia en esos momentos, además de que está en sus manos evitar algo que se masca en el aire, y para ello envía algunos de sus blindados a la Embajada de España. Será la decisión de esas unidades la que anule un saqueo que ya se daba por descontado.

París, por fin, queda atrás, y Granell sigue haciendo su guerra. Es, junto con otro oficial francés, el lebril del general Leclerc. Allí donde existe una situación apurada, un hueso duro de roer, es este castellanense—de Burriana—el encargado de sacar las castañas del fuego,

Auriol y éste, sorprendido de que Granell se identificase como español, le dijo «bueno, lo será de nacimiento», Granell le apeó de su error. Como a peo de su error a quienes, creyendo que ofreciéndole una promoción militar le tentarían a aceptar la nacionalidad gala, le oyeron decir entre serio y socarrón:

«Mejor es que no embrolemos las cosas. Yo a España la quiero como a una madre y a Francia como a una novia.»

Granell ha hablado largo y tendido, con simplicidad, forzado por mis preguntas. El contesta siempre, aunque en algunos momentos parece temer la fácil vanagloria. Y no sólo me habla de combates victoriosos y de premios, sino también de cuando se ganó la única reprimenda de su carrera militar por enviar hacia la retaguardia el cuerpo ya sin vida de su camarada, el sargento Estarlich, un catalán. O de cuando «le faltó el valor» para ver el cadáver del coronel Lahoriz, caído el primer día que se separaron, al cabo de muchos meses de combates compartidos juntos.

A Granell, estas cosas le duelen. Mucho más que la patriotería de quienes han borrado su nombre de los fastos de la liberación de París. Incluso, le a lmente, reivindica la presencia en aquel capítulo del capitán Dronne, su superior jerárquico, que por determinadas condiciones físicas no estaba en condiciones de aportar a la gesta la resolución, fortaleza y vivacidad de un Granell. No obstante, a la larga todo esto no cuenta. Ni los olvidos ni la patriotería, a veces ridícula, de ese «¿Arde París?», que al asustadizo y traidor general alemán Von Choltitz nos lo identifica nada menos que como el «vencedor de Rotterdam y de Sebastopol», para poner aún más en evidencia las glorias —no discutibles— de la Resistencia francesa.

Granell se encuadra más allá de todo esto. Jugó su papel y se retiró entre bastidores. Y ahora si ha roto su silencio ha sido porque ha comprendido que también los protagonistas de la historia —cualquiera que sea su dimensión— deben dar su testimonio antes de entrar en el definitivo «mutis» de la vida.

Un reportaje de  
Vicente TALON,  
enviado especial

